

XI Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría B

Las aventuras y desventuras de Máximo y Dorotea



Yo les voy a contar una historia que ha sido real. Fue la vida de una muchacha que no hacía nada más que soliviar, siempre estaba pendiente de los demás y no tenía ganas de trabajar. Cuando se hizo un poco mayor no sabía hacer nada.

Un día estaba detrás de la persiana, pues era su mayor ilusión, vino un vecino y la apaño, le tiró una piedra y fue derecha a la nariz, se le quedó la cara toda machacada y desfigurada.

Era época de vendimia y la mandó su madre a por el pan, era todavía medio oscuro, también había mucha niebla, pues no se veía nada. Cuando iba a llegar a una esquina empezó a oír unos gruñidos raros, no sabía lo que venía por allí. Al volver la esquina se vino a chocar con un marrano, de los de cuatro patas, que la dejó pisoteada y toda llena de mierda del pobre animal. Perdió hasta el conocimiento y no se acordaba de nada. Los que fueron a socorrerla no sabían por donde agarrarla.

Entre aquella oscuridad, al tocarle, abrió los ojos y se le volvieron a cerrar de la peste que llevaba encima, que no se podía aguantar. Fue la impresión tan grande que el ojo se le hizo hacia atrás y parecía que miraba al plato y miraba a las "tajás".

Mientras, su madre, impaciente porque no llegaba, no sabía qué hacer, finalmente salió a buscarla y se encontró con el pastel. Con unos olores tan fuertes que no la pudo reconocer, se pueden hacer una idea de cómo quedó esa mujer.

El marrano se había escapado del matadero y no paraba de correr y gruñir, hasta que llegaron los que lo iban buscando, le echaron una red encima y así lo pudieron coger.

Pasó un tiempo y Dorotea, que así se llamaba la muchacha, mejoró de todas sus heridas, menos de una, parecía que miraba al norte y miraba al sur del ojo tan "curro" que

se le quedó.

Pero como nunca falta un roto para un descosido, encontró un novio que también tenía un ojo "curro" y se juntaron los dos. En seguida se casaron y fueron felices.

Él tenía unas pocas fincas y una casa en el campo, y allí se fueron a vivir. Tenían algunas gallinas y conejos, para su gasto, tenían huevos frescos y cuando las gallinas se le quedaban "lluecas" las ponían a empostrar. Cuando iban a nacer los pollos, les daba trigo con vino y pan para que las "lluecas" tuvieran calor y fuerza para poderlos sacar adelante.

Un día Dorotea se puso a darle sopas y tragos de vino a una "llueca" y como era la primera vez, no estaba al corriente y la emborrachó, la gallina se puso medio loca y le dio por brincar. La pobre Dorotea no la podía sujetar y poniéndole un pañuelo en la cabeza jugaron a la gallinita ciega hasta que la pudo coger. Esta vez los pollos salieron calientes de verdad.

Poco a poco empezaron a crecer y cuando se hicieron grandes resultó que uno de ellos era muy "arrufaldao" y buscaba los descuidos para poder tirarse encima.

Un día estaba Dorotea agachada, cambiándole el agua, y la pilló descuidada. Se le tiró a la cara y ¿dónde creen que le vino a picar?, pues a lo más grande que encontró, la nariz, casi se queda con la mitad. Entonces Dorotea cogió al pollo por el cuello y se lo retorció, creyendo que estaba muerto lo echó en un cacharro y puso agua a hervir para escaldarlo y quitarle las plumas. Al caerle el agua caliente encima, el pollo resucitó y salió dando saltos como el gallo de Amorós, cacareando y sin plumas, pero sin parar de correr y hasta que llegó la noche no lo pudieron pillar, a la "tenta maruja" lo pudieron alcanzar.

Con estas trapisondas que le tocó pasar a la pobre Dorotea no le quedó tiempo para más. Y ya llegó el siete de diciembre y Maximino, su marido, le pidió la ropa para vestirse de "tiraor". Cuando se probó el traje había engordado un poco y se le "esclató", le dio un respunte en la máquina y ya se lo



arregló, un poco justo le estaba pero así paso. Pero cuando sacó el gorro estaba pardo de verdad y en ese momento no sabía qué camino tomar, pero se le ocurrió una idea para solucionarlo. Fue al sartenero y cogió una sartén por el mango, negra de verdad, la pasó por el gorro que se le quedó de un negro especial y ya Maximino se pudo marchar a la Bajada de la Virgen.

Iba chulo de verdad, con su gorro tan negro, pero cuando llegaron al Castillo se puso a llover y a nevar y el pobre no se podía imaginar las consecuencias que aquello le iba a acarrear. Conforme iban bajando, cada vez llovía más, y la cara se le puso negra de verdad. Llegó un momento en que no veía nada, se fue para su casa y en qué se vio de llegar al portal, llamó a la puerta y nadie lo reconoció. Pero gracias al ojico bizco, que lo entreabrió, su mujer lo reconoció y le dijo: "pasa Maximino, que te voy a lavar esos "negros" que no sé si se quitarán. Ya se puso a restregar y como el hombre tenía la cara pintada de viruela se le quedó "arrodalá".

Ya se pasaron las fiestas y de nuevo se fueron al campo, la mujer se puso a remendar para ponerle unas culeras al pantalón. Nunca se las había visto tan gordas y no sabía como cortar los parches que le iba a colocar, se puso manos a la obra y en vez de cortar los

cuadrados le salieron "rebisculados".

Intentó colocarlos y aquello no casaba ni venía bien y todo eran arrugas y pliegues, aquello quedó fatal.

Su marido antes de irse a trabajar le dijo: "haz para comer un potaje de garbanzos, que estoy mucho tiempo sin comer".

La mujer puso la olla de barro en la lumbre y los puso a cocer. Le salieron un poco duros y no se podían masticar. Se los metieron en la boca, media vuelta y a tragar.

Ya por la tarde se puso los pantalones para irse a engavillar y de tanto agacharse los garbanzos se pusieron a explotar. De tantos disparos y calentar las almorranas se le salieron y con los pliegues y costuras de los pantalones, todo se le rozó.

Para llegar a su casa hay que ver lo que pasó, por fin llegó, y se tendió en el catre boca abajo para que lo pudiera lavar su mujer. Cuando ya estaba limpio, se puso a curarle con vinagre y sal. Cuando le puso el algodón encima dio un salto tan grande que la barriga empezó a explotar y fueron saliendo los garbanzos sin parar. Salían con tanta fuerza que agujerearon la pared.

Y aquí acaba la historia de esta pareja que pasó tantas calamidades.

Dolores Sierra García
Nivel IB

Cimaco
Instaladores desde 1976

INSTALACIONES Y LEGALIZACIONES
CALEFACCIÓN AIRE COMPRIMIDO
AIRE ACONDICIONADO INST. PETROLÍFERAS
FONTANERÍA - GAS IG-IV CONTRAINCENDIOS

Polígono Urba-Yecla - Telf. 968 79 50 58
30510 YECLA (Murcia)
e-mail: cimaco@netmail.es

La Fuente
Estación de Servicio

ESTACIÓN DE SERVICIO
La Fuente

CTRA. FUENTEALAMO KM. 0750 • TELF. Y FAX 968 75 22 14
30510 YECLA (MURCIA)